

## *Globalización e identidad nacional*

*Jorge Larraín*  
Universidad Alberto Hurtado

### ¿QUÉ ES LA GLOBALIZACIÓN?

Desde fines de los setenta el fenómeno de la globalización ha estado de moda en las ciencias sociales europeas, lo que ha ido creando una copiosa literatura de referencia. Empezó en el campo de la economía, pero se ha ido extendiendo a otras ciencias sociales. Aunque existen algunos estudios que son escépticos frente a la globalización, la gran mayoría de los trabajos sociológicos sobre este fenómeno acepta su existencia e importancia crecientes, y lo relaciona con la modernidad, en especial con la modernidad tardía. Entre los escépticos cabe mencionar a Paul Hirst y Grahame Thompson, los que han sostenido que la globalización en su dimensión económica, tal como es concebida por sus exponentes más extremos, es un mito. Sus argumentos se basan en que en otras épocas ha existido también una economía altamente internacionalizada, que existen muy pocas compañías genuinamente transnacionales y que la movilidad de capitales, el comercio y la inversión se concentran en Norteamérica, Japón y Europa y no son genuinamente globales<sup>1</sup>.

Sin embargo, para la mayoría de los sociólogos, la globalización no puede entenderse solo al nivel de la economía y es un fenómeno mucho más complejo que también cubre una multiplicidad de otras dimensiones sociales y culturales. Pero esto no significa que sea un fenómeno enteramente autónomo que deba entenderse como la causa determinante de todo lo que ocurre hoy día. La globalización también está condicionada por otros fenómenos. Anthony Giddens tiene razón cuando dice que la globalización es una dimensión de la modernidad, o que la modernidad es inherentemente globalizante<sup>2</sup>. Dos aspectos de la modernidad inciden directamente en la globalización. Por un lado está la creciente separación entre el espacio y el tiempo y, por otro, el surgimiento de nuevas relaciones sociales.

En la modernidad, la distancia espacial ya no supone la distancia temporal. Con la llegada de la modernidad el tiempo pierde su contenido espacial y el espacio se hace independiente de lugares o regiones. La modernidad crecientemente desconecta el espacio de lo local al poner en contacto lugares muy alejados a través de los medios de comunicación y los medios de transporte. Esto determina el surgimiento de nuevas relaciones sociales. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad las formas de interacción fueron cara a cara y acontecían dentro de los confines de un lugar físicamente compartido por los participantes. Al separar el espacio de lo local, la modernidad crea relaciones sociales con otros ausentes, ubicados en lugares alejados de los contextos locales de interacción. De este modo la gente puede ahora interactuar sin compartir el mismo espacio o tiempo. La globalización es el resultado de estos dos fenómenos. Por ello Anthony Giddens la define como la intensificación de las relaciones sociales universales que unen a distintas localidades de tal manera que lo que sucede en una localidad está afectado por sucesos que ocurren muy lejos y viceversa<sup>3</sup>.

De manera concordante Stuart Hall sostiene que la globalización se refiere a aquellos procesos sociales que operan crecientemente a escala global, sobrepasando los límites nacionales, integrando y conectando comunidades locales y organizaciones en nuevas combinaciones de espacio y tiempo, haciendo así al mundo, en la realidad tanto como en la experiencia, más interconectado<sup>4</sup>. McGrew, a su vez, dice que la globalización se refiere a la multiplicidad de relaciones e interconexiones que trascienden a los estados-naciones que conforman el sistema moderno universal. Es un proceso por medio del cual eventos, decisiones y actividades en una parte del mundo pueden tener consecuencias significativas para los individuos y comunidades en otras partes del mundo muy distantes<sup>5</sup>. Finalmente, Harvey pone el acento en que la globalización es el resultado de lo que él llama la compresión del espacio-tiempo que se produce por la aceleración de los ritmos de vida y de cambio social y por la superación de las barreras espaciales<sup>6</sup>. La modernidad temprana, típicamente, privilegiaba al tiempo como la categoría principal a través de la cual podían entenderse el progreso y el desarrollo; el espacio se daba por descontado. Ahora que las barreras espaciales han sido drásticamente reducidas, las categorías espaciales han empezado a dominar a las categorías de tiempo y el tiempo se ha espacializado.

De todas estas definiciones fluyen tres dimensiones del fenómeno de la globalización. Primero está la dimensión de ampliación de los efectos de las actividades económicas, políticas y culturales a lugares remotos. Segundo está la dimensión de intensificación de los niveles de interacción e interconexión entre los estados y naciones<sup>7</sup>. Tercero está la dimensión del reordenamiento del espacio y el tiempo en la vida social. El desarrollo de redes globales de comunicación y de complejos sistemas globales de producción e intercambio disminuye el poder de las circunstancias locales sobre la vida de la gente y ésta se ve crecientemente afectada por lo que

ocurre en otros lados. Por ejemplo, el trabajo de los mineros de Lota, así como el de los mineros escoceses del carbón, dependió más de las políticas de precio de las compañías australianas de carbón en el mercado global que de las decisiones empresariales locales. Otro ejemplo conocido tiene que ver con la drástica caída del empleo en Chile en 1999, que en parte considerable tiene que ver con la crisis económica iniciada anteriormente en los países asiáticos.

Sin embargo, esto no significa que el lugar o lo local, pierda toda importancia o significación para estructurar la vida social; lo que sí significa es que la verdad o explicación última de una experiencia local ya no coincide totalmente con el lugar donde tal experiencia ocurre. Así por ejemplo, la experiencia de desempleo en Lota y en Chile ocurre localmente, pero su explicación última requiere también una referencia al precio del carbón australiano y a la crisis asiática.

## EXPLICACIONES DE LA GLOBALIZACIÓN

¿Qué explicaciones se han dado de la globalización?<sup>8</sup> Por un lado existen explicaciones que privilegian la existencia de una lógica causal única que impulsa el proceso. Así por ejemplo sería el caso de la teoría del sistema mundial de Wallerstein. De acuerdo con ella, lo que está detrás de la globalización es la dinámica histórica del capitalismo. Este es el primer sistema productivo de alcance global y su capacidad expansiva ha sido capaz de crear una economía de carácter mundial. Este logro se debe precisamente a su carácter económico más que político, lo que favorece su capacidad de penetración y de unificación de un espacio económico universal a pesar de que la humanidad sigue dividida en estados-naciones<sup>9</sup>. Aquí se ubicaría también la perspectiva de Marx y Engels que ya en 1848 entendían la globalización como un resultado del dinamismo de la burguesía:

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones<sup>10</sup>.

Otra teoría de carácter monocausal es la de Rosenau, un autor en el área de las relaciones internacionales. Para él la globalización es un proceso que se debe sobre todo a la tecnología y su capacidad transformadora. Es la tecnología, dice, “la que ha disminuido tan grandemente las distancias sociales y geográficas [...] es la tecnología

la que ha alterado profundamente la escala en la que los asuntos humanos ocurren [...] es la tecnología la que, en suma, ha fomentado la interdependencia de las comunidades internacionales, nacionales y locales...”<sup>11</sup>

Por último Gilpin favorece los factores políticos como explicación de la globalización. Según él se habría creado un orden político permisivo global que genera la estabilidad y la seguridad necesarias para sostener la expansión de los vínculos entre las naciones. Pero la creación de este orden es el resultado del ejercicio del poder por parte de ciertos estados-naciones. En este sentido la globalización es un proceso histórico contingente que ocurre porque uno o más estados hegemónicos en el sistema internacional imponen una forma de orden mundial que fomenta la interacción, la apertura, la cooperación y la interdependencia<sup>12</sup>. En resumidas cuentas, para Gilpin la globalización respondió en el pasado a la política del imperio británico y se debe hoy a Estados Unidos y su política global liberal sostenida por un poderío militar que asegura un orden de seguridad estable.

Hay otras teorías que son escépticas con respecto a las explicaciones basadas en la operación causal de un solo factor y que insisten en una lógica multicausal. Aquí se ubican Robertson<sup>13</sup> y Giddens. Este último, por ejemplo, señala la existencia de cuatro factores o dimensiones que impulsan la globalización. Una dimensión crucial es la del sistema capitalista mundial que se manifiesta en la tendencia creciente a la internacionalización de la economía, el extraordinario crecimiento del comercio internacional y el crecimiento espectacular de los mercados de capital globalizados. Una segunda dimensión de la globalización es el sistema de naciones-estado que rápidamente cubre todo el mundo, transformando a la nación-estado en el agente dominante del orden político global. El complejo sistema de relaciones internacionales que se crea entre las naciones-estado es un factor de globalización. Giddens habla también de una tercera dimensión de la globalización que llama “el orden militar mundial”. Con la modernidad la guerra se ha industrializado y las armas y técnicas de guerra universalizado hasta el punto que, en muchos sentidos, y excluyendo el poder nuclear, no existe una apreciable diferencia entre el Tercer Mundo y el mundo desarrollado. Por último, la cuarta dimensión de globalización es la industrialización y la creciente división internacional del trabajo que crea una interdependencia productiva cada vez más extendida<sup>14</sup>.

Sin embargo, yo creo que es la mediatización de la cultura<sup>15</sup> la que juega un rol central, incluso para las otras dimensiones, en la medida en que los medios simbólicos electrónicamente creados y transmitidos pueden más fácilmente abstraer del espacio. La mediatización de la cultura consiste en que los medios de comunicación están crecientemente moldeando, por un lado, la manera como las formas culturales son producidas, transmitidas y recibidas en las sociedades modernas y por otro, los modos como las personas experimentan los eventos y acciones que ocurren en contextos espacial y temporalmente remotos. De donde puede deducirse que mientras

más se realizan por medios simbólicos los intercambios económicos y políticos, mayor es su chance de globalización<sup>16</sup>. No sorprende así que la globalización económica sea más avanzada en los mercados financieros, donde el medio de intercambio es el dinero, y que la globalización cultural, mediada por los medios electrónicos de comunicación, sea más extendida que la globalización económica y política.

La globalización de la cultura se ha constituido en el centro del proceso de globalización mundial. Sin embargo, no es fácil establecer lo que este fenómeno significa. Hay una tendencia que sostiene que a través de la influencia de los medios de comunicación, ha empezado a surgir una cultura universal de masas que afecta a las más apartadas regiones del mundo. En cierta medida, la cultura se ha desterritorializado. Con la globalización de la cultura el vínculo entre cultura y territorio se ha ido gradualmente rompiendo y se ha creado un nuevo espacio cultural electrónico sin un lugar geográfico preciso<sup>17</sup>. La transmisión de la cultura moderna, crecientemente mediatizada por los medios de comunicación, supera las formas personales y locales de comunicación e introduce un quiebre entre los productores y los receptores de formas simbólicas<sup>18</sup>. El surgimiento de conglomerados internacionales de comunicaciones que monopolizan la producción de noticias, series de televisión y películas es un aspecto relevante de este quiebre.

Esta nueva cultura global de masas se sostiene sobre los avances tecnológicos de las sociedades occidentales desarrolladas, especialmente de los Estados Unidos, y se manifiesta más que nada en la televisión y el cine. La televisión por cable y por satélite son la avanzada de esta dimensión de la globalización. Su idioma universal es el inglés que, sin desplazar a las otras lenguas, las hegemoniza y las usa. Las formas de entretención y ocio en todo el mundo están crecientemente dominadas por imágenes electrónicas que son capaces de cruzar con facilidad fronteras lingüísticas y culturales y que son absorbidas en forma más rápida que otras formas culturales escritas<sup>19</sup>. La cultura cada vez más va a romper con los límites nacionales y espacio-temporales y se va a internacionalizar. Las artes gráficas y visuales, especialmente a través de los computadores, televisores y juegos electrónicos, reconstituyen la vida popular y sus entretenimientos en todas partes.

Sin duda, hay algunos elementos de verdad en esta tendencia, pero es necesario matizarlos porque la idea de una cultura global desterritorializada y convergente no considera suficientemente el hecho de que simultáneamente ha ido resurgiendo el interés por las culturas locales. La globalización va siempre acompañada de la localización. Como dice Beck, “‘global’ significa traducido y ‘conectado a tierra’, ‘en muchos lugares a la vez’ y, por lo tanto es sinónimo de *translocal*”<sup>20</sup>. Robertson expresa esto mismo con su neologismo “glocalización”, una mezcla de globalización y localización, dos fenómenos que no son mutuamente excluyentes<sup>21</sup>. Si bien es cierto que existen algunas formas de homogenización cultural en el mundo, ellas nunca reducen las culturas locales a lo “norteamericano” o a lo “internacional”. Las

formas de homogeneización tienen la capacidad de reconocer y absorber diferencias culturales, utilizan otras culturas sin disolverlas, operan a través de ellas, no destruyen las culturas locales, las usan como medio<sup>22</sup>. De este modo, por ejemplo, los productos Sony y la Coca-Cola para operar en el mundo “deben conseguir convertirse en parte viva de cada respectiva cultura”<sup>23</sup>. Por esto es importante entender que continúa existiendo una dialéctica entre lo global y lo local. Hay una tendencia a la homogeneización que corre a parejas de una tendencia a la localización. Lo global no reemplaza a lo local, sino que lo local opera dentro de la lógica de lo global. La globalización no significa el fin de las diferencias culturales sino su creciente utilización.

Es necesario entender, además, que la globalización cultural no es un fenómeno teleológico, es decir, no se trata de un proceso que conduce inexorablemente a un fin que sería la comunidad humana universal culturalmente integrada, sino que es un proceso contingente y dialéctico que avanza engendrando dinámicas contradictorias. Puede dar ventajas económicas de comercio exterior por un lado y producir problemas de desempleo por el otro. Al mismo tiempo que universaliza algunos aspectos de la vida moderna, fomenta la intensificación de diferencias. Por una parte, introduce instituciones y prácticas parecidas, pero por otra las reinterpreta y articula en relación con prácticas locales. Crea comunidades y asociaciones transnacionales pero también fragmenta comunidades existentes; mientras por una parte facilita la concentración del poder y la centralización, por otra genera dinámicas descentralizadoras; produce hibridación de ideas, valores y conocimientos pero también prejuicios y estereotipos que dividen<sup>24</sup>.

Por lo tanto es un error creer que la globalización tiene solo aspectos beneficiosos o solo aspectos indeseables. Hay una mezcla. Pero lo que es perturbador para ciertos autores como Bauman es que los efectos positivos y los negativos no se distribuyen equitativamente en el mundo sino que conducen a una nueva polarización de ricos globalizados y pobres localizados: “los llamados procesos ‘globalizadores’ redundan en la redistribución de privilegios y despojos, riqueza y pobreza, recursos y desposesión, poder e impotencia, libertad y restricción. Observamos una *reestratificación* mundial...”<sup>25</sup> Esta nueva estratificación global no obedece tanto a criterios geográficos nacionales como de clases transnacionales. La elite mundial, los dueños del capital, los intelectuales globalizados se vuelven extra-territoriales, separados de las comunidades locales que permanecen marginadas y confinadas a su espacio.

Lo que es nuevo en este esquema globalizado es que los ricos ya no necesitan a sus pobres para explotarlos, se perdió el vínculo entre la riqueza y la miseria: “las riquezas son globales, la miseria es local”<sup>26</sup>. La elite es globalmente móvil, para ella el espacio ha perdido sus cualidades restrictivas; para los ‘localmente sujetos’, para

los que no pueden moverse, el espacio se cierra. Los primeros están siempre ocupados y les falta el tiempo, a los segundos les sobra el tiempo, pero un tiempo inútil en el que no tienen nada que hacer. Para la elite globalizada no existen las fronteras nacionales, para los “localizados” están los controles migratorios y la “tolerancia cero”<sup>27</sup>. Los “de arriba” pueden alejarse de la sordidez de vida de los “de abajo”, pero no a la inversa. Los primeros pueden aislarse, trasladarse, protegerse, los segundos no pueden escapar.

El cuadro pintado por Bauman muestra tendencias inquietantes que son claramente visibles en todas partes del mundo. Pero también es necesario matizar este análisis en dos sentidos. Por un lado estas tendencias no operan en forma absoluta. La mentada capacidad de evasión de los “de arriba”, su extraterritorialidad, el fin del nexo causal entre la riqueza y la pobreza no son fenómenos que tengan una vigencia total y es dudoso que puedan llegar a operar con absoluta exclusión de formas de solidaridad y causalidad que todavía existen y que pudieran desarrollarse en nuevas direcciones transnacionales. Por otro lado, el análisis de Bauman no considera suficientemente algunos elementos positivos de la globalización que tienen un carácter más universal, como, por ejemplo, la extensión de los medios de comunicación y entretenimiento hasta las capas más pobres en ciertos países, el acceso creciente a una medicina exitosa en combatir males masivos, los esfuerzos por introducir marcos legales y controles internacionales, por ejemplo, en el caso de los derechos humanos, etc.

Sea como sea, lo que no puede eludirse es reconocer la presencia y los efectos ambiguos de la globalización. Frente a su avance, ningún país o región puede sustraerse totalmente. Por supuesto que algunas regiones pueden ser afectadas más o menos intensamente y a mayor o menor velocidad que otras. Pero, en general, se trata de un fenómeno universal que no respeta ninguna área geográfica. América Latina y Chile no son excepciones. Pero a diferencia de otros países del área aquí en Chile ha habido desde hace bastante tiempo una política consciente de apertura al mundo que se ha materializado en una economía abierta e internacionalizada y en una permeabilidad cultural bastante amplia.

## LA NOVEDAD DE LA GLOBALIZACIÓN ACTUAL

Dada la conexión entre modernidad y globalización podría sostenerse, con buenas razones, que la globalización empezó hace mucho tiempo, con el comienzo mismo de la modernidad, a partir del siglo XVI. Esto podría demostrarse con el propio caso de América Latina, que ha estado desde sus comienzos íntimamente envuelta en el proceso de globalización. Se podría decir que el nacimiento mismo de América es fruto del proceso de globalización que comienza con la modernidad

européa en el siglo XVI. Es la expansión europea la que nos da la vida en la forma como la conocemos hoy. Y desde ese momento nuestra historia no ha dejado en ningún momento de ser afectada por la globalización. La independencia que logramos a principios del siglo XIX estuvo en gran medida influida por la invasión napoleónica de España, y su ideario fue sacado de la Revolución Francesa, del liberalismo británico y del positivismo francés. La mayoría de los héroes de la independencia habían sido formados en Europa y se habían empapado de su cultura.

Con posterioridad, la Primera Guerra Mundial y la gran depresión del sistema capitalista mundial a fines de los años veinte tienen un indudable impacto negativo sobre la dominación oligárquica de los terratenientes que comienza a deteriorarse con las nuevas dificultades para la exportación de materias primas. Los cambios políticos que se siguen a la crisis económica de las exportaciones y que llegan con el populismo en América Latina son así hasta cierto punto reflejo de las crisis del capitalismo internacional. Del mismo modo, la expansión del capitalismo europeo y norteamericano después de la segunda guerra mundial también impulsa una etapa de desarrollo y expansión en América Latina.

Por último, la recesión mundial de fines de los sesenta y principios de los setenta, acelerada por la rápida subida del precio del petróleo, no solo produjo efectos económicos negativos sino que también influyó en la pérdida de la democracia en casi todo el cono sur de América Latina al crearse una distancia creciente entre las aspiraciones de los sectores más pobres y la incapacidad de la economía para satisfacerlas. Se ve así como en cinco momentos claves de la historia de América Latina que han inaugurado etapas sociopolíticas distintas y duraderas, el fenómeno de la globalización nos ha afectado profundamente.

Sin perjuicio de lo anterior es necesario entender que la globalización actual es, en muchos aspectos, nueva y con especificidad propia, es decir, cualitativamente distinta de la globalización que ocurría en el siglo XVII o XVIII. Es nueva, según Ulrich Beck, en el sentido de que cubre un mucho mayor espacio, que es estable en el tiempo y que conlleva una mayor densidad social de las redes de relaciones regionales-globales. Según Beck nuevas son la conciencia del peligro ecológico y la auto-percepción de la transnacionalidad en el consumo, en el turismo y en los medios de comunicación. Nuevos son el nivel de circulación de las industrias culturales globales y el nivel de la translocalización de la comunidad, el trabajo y el capital. Nuevos son el poder de los actores transnacionales, el nivel de la concentración económica y la complejidad del mercado mundial que nadie controla, etc.<sup>28</sup>

## IDENTIDAD NACIONAL Y GLOBALIZACIÓN

Surgen naturalmente las preguntas ¿hasta dónde puede llegar el efecto de la globalización?; ¿están la autonomía nacional y la identidad nacional destinadas a desaparecer? Y si no es así, ¿cómo afecta entonces la globalización a la identidad nacional?

Cuando hablamos de identidad nos referimos, no a una especie de alma o esencia con la que nacemos, sino que a un proceso de construcción en la que los individuos y grupos se van definiendo a sí mismos en estrecha relación con otras personas y grupos. La construcción de identidad es así un proceso social en un doble sentido: primero, los individuos se definen a sí mismos en términos de ciertas categorías sociales compartidas, culturalmente definidas, tales como religión, género, clase, etnia, sexualidad, nacionalidad, que contribuyen a especificar al sujeto y a su sentido de identidad. Estas categorías podríamos llamarlas identidades culturales o colectivas, y constituyen verdaderas “comunidades imaginadas”<sup>29</sup>. Segundo, la identidad implica una referencia a los “otros” en dos sentidos. Primero, los otros son aquellos cuyas opiniones acerca de nosotros internalizamos, cuyas expectativas se transforman en nuestras propias autoexpectativas. Pero también son aquellos con respecto a los cuales queremos diferenciarnos.

La globalización afecta a la identidad, en primer lugar, porque pone a individuos, grupos y naciones en contacto con una serie de nuevos “otros” en relación con los cuales pueden definirse a sí mismos. La globalización de las comunicaciones a través de las señales electrónicas ha permitido la separación de las relaciones sociales de los contextos locales de interacción. Esto significa no solo que en relación con cada persona el número de “otros significativos” y de diferenciación ha crecido sustancialmente, sino que también esos otros son conocidos no por medio de su presencia física sino que a través de los medios de comunicación, especialmente las imágenes televisadas. Estadísticas recientes muestran que en casi todo el mundo los niños pasan más horas al año viendo televisión que asistiendo al colegio. Ni siquiera la lengua extranjera del cable o del satélite es un gran obstáculo porque la televisión penetra a través de imágenes, fantasías y emociones. Atrae a la gente más como un espectáculo entretenido que como un argumento lógico. La gente aprende de ellos de una manera diferente y más directa que como se aprende en el colegio.

Sin embargo, la manera como la televisión está influyendo en las construcción de identidades no debe simplificarse. La televisión pone a la gente en contacto con mundos lejanos y muestra otras culturas y otros modos de vida posibles. En esa medida ayuda a contextualizar y relativizar el absolutismo del modo de vida propio o nacional. Pero por otro lado, la televisión puede también ayudar a la creación y recreación de tradiciones nacionales. Así sucede, por ejemplo, con telenovelas en

idioma galés en el país de Gales y programas de juegos familiares en Eslovenia que se utilizan para reinventar y apoyar tradiciones familiares nacionales<sup>30</sup>. Las identidades nacionales dependen en parte de que los diarios, la radio y la televisión creen vínculos imaginarios entre los miembros de una nación, nacionalicen ciertas prácticas sociales e inventen tradiciones<sup>31</sup>. La televisión es un medio especialmente apto para mediar entre identidades culturales e individuales en la medida en que permite crear la ficción de una interacción cara a cara, de una proximidad especial, al presentar al otro audiovisualmente en la intimidad de las casas. Pero también la radio sigue siendo un medio muy poderoso<sup>32</sup>.

Además hay que ser consciente de que las imágenes que llegan no tienen necesariamente un tipo de impacto específico y son siempre activamente reinterpretadas en los contextos locales, a veces con sentidos opuestos. Investigaciones en Inglaterra, por ejemplo, han demostrado que en la primera mitad de los noventa la telenovela más popular entre la gente de origen asiático en Londres fue *Neighbours* (vecinos), de origen australiano, pero que era utilizada por los padres como una lección acerca de la necesidad de reforzar los valores tradicionales de las comunidades asiáticas, e interpretada por los jóvenes en el sentido opuesto, como una lección acerca de la necesidad de cambiar esos valores<sup>33</sup>.

En segundo lugar, la globalización ha afectado la construcción de identidades en la medida en que ha acelerado el ritmo de cambio en toda clase de relaciones y eso ha hecho más difícil para el sujeto hacer sentido de lo que pasa, ver la continuidad entre pasado y presente y, por lo tanto, formarse una visión unitaria de sí mismo y saber como actuar. Además la explosión general de las comunicaciones, imágenes y simulacros hace más difícil concebir una realidad unificada. Esto hace la construcción de identidades personales un proceso más complejo y difícil, sujeto a muchos saltos y cambios. Esto no significa que las identidades se hayan disuelto o descentrado, como lo mantienen los postmodernistas, sino que más bien ellas se reconstruyen y redefinen en contextos culturales nuevos. Las dificultades producidas por el cambio vertiginoso y por la compresión del espacio-tiempo justifican el surgimiento de sentimientos nuevos acerca de lo efímero, caótico y contingente del mundo, esa sensación personal de desintegración. Pero no justifican necesariamente la idea de un sujeto totalmente dislocado.

En tercer lugar, la globalización afecta la identidad, porque las grandes transformaciones sociales traídas por ella tienden a desarraigar identidades culturales ampliamente compartidas y, por lo tanto, alteran las categorías en términos de las cuales los sujetos construyen su identidad. Ocurren procesos de desarticulación y dislocación por medio de los cuales mucha gente cesa de verse a sí misma en términos de los contextos colectivos tradicionales que le daban un sentido de identidad: por ejemplo, profesión, clase, nacionalidad, religión, y comienzan a verse en términos de otros contextos colectivos, por ejemplo, de género, etnia, sexualidad, equipo

de fútbol, etc. La identidad nacional ha sido especialmente afectada debido a la erosión de la autonomía de las naciones-estados. El proceso de globalización empezó expandiéndolas por todo el mundo, pero terminó por socavar su independencia. Esto se debe en parte a la creciente internacionalización de la economía y al surgimiento de bloques comerciales y políticos como la Comunidad Europea, lo que hace cada vez más difícil para las naciones seguir políticas significativamente diferentes a las del resto del mundo o de su grupo. Las identidades étnicas y de género han adquirido, por el contrario, una extraordinaria importancia en Europa y crecientemente en América Latina.

En Chile, algunos sectores piensan que la globalización, especialmente en su dimensión cultural, está amenazando la chilenidad, nuestra identidad nacional. Los síntomas de esta amenaza están en todos lados. El campo chileno, sometido a dura modernización, ha dejado de ser el principal centro proveedor de trabajo y de cultura que era antes y, por lo tanto, los valores rurales tienden a desaparecer; muy poca gente ya asiste a los rodeos y fiestas típicas campesinas. La música chilena se oye cada vez menos e incluso en las ramadas dieciocheras, donde la cueca y las tonadas resurgen temporalmente, la gente pareciera preferir bailes extranjeros, como los corridos, las cumbias, el tango y la salsa. Cada vez menos habitantes se molestan en poner banderas chilenas durante las fiestas patrias. Los hábitos alimentarios también han ido cambiando, sometidos al bombardeo sistemático de pizzas y hamburguesas americanas, de restaurantes franceses o italianos que van lentamente desplazando los tradicionales platos chilenos. Un número cada vez más importante de actividades profesionales, comerciales y financieras usan nombres extranjeros y operan con un lenguaje salpicado de palabras y expresiones inglesas. Los hábitos de entretenimiento de la población también han ido cambiando y muchos juegos y actividades tradicionales son reemplazados por computadores, videos y juegos electrónicos.

Frente a esta realidad puede argumentarse en dos sentidos diversos. Por un lado se puede sostener que la identidad nacional se ha ido perdiendo frente al impacto de la globalización. Por otro lado, se puede mantener que la identidad se ha ido reconstituyendo en un sentido diferente. Estas dos posibilidades dependen del concepto de identidad que se tenga. Si se concibe la identidad nacional como una esencia inmutable y constituida en un pasado remoto, de una vez para siempre, todo cambio o alteración posterior de sus constituyentes básicos implica necesariamente no solo la pérdida de esa identidad sino que además una alienación. Por el contrario, si la identidad nacional no se define como una esencia incambiable, sino más bien como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de esa "comunidad imaginada" que es la nación, entonces las alteraciones ocurridas en sus elementos constituyentes no implican necesariamente que la identidad nacional se ha perdido, sino más bien que ha cambiado.

Si seguimos esta última versión, que me parece teóricamente más convincente, es necesario aceptar que la chilenidad nunca ha sido algo estático, una especie de alma permanente, sino que ha ido cambiando y transformándose en la historia, sin por ello implicar una alienación o traición a una supuesta esencia profunda que nos habría constituido desde siempre. Por esta razón resulta tan difícil establecer con claridad la línea divisoria entre lo propio, como algo que debe necesariamente mantenerse, y lo ajeno, como algo que aliena. Pienso que hay que evitar dos extremos. Por un lado, hay que evitar una reacción de rechazo en bloque a la globalización y una propuesta de aislacionismo cultural que buscaría salvar la identidad nacional de influencias foráneas y que, por lo demás, sería altamente ilusoria, sino imposible. En el campo de la cultura, los rasgos culturales raras veces “son” propios en el sentido de “puros” u “originales” y más bien “llegan a ser” propios en procesos complejos de adaptación. Muchos de los elementos que tradicionalmente constituyen la chilenidad fueron tomados desde afuera, negociados, adaptados, reconstituidos e incorporados en ciertos contextos históricos.

Fijémonos, por ejemplo, en dos elementos sustanciales que nadie negaría que han tenido una influencia capital en nuestra identidad: la lengua española y la religión católica. Sin duda que llegaron a ser propias de la mayoría de los chilenos, pero en sus orígenes fueron ajenas, en cuanto vinieron desde Europa. El vino, las empanadas, la guitarra, los caballos, los volantines y el fútbol han llegado a representar aspectos importantes de la chilenidad en determinados momentos, pero todos ellos tienen orígenes europeos. Si quisiéramos imponer una medida estricta de lo propio y lo ajeno, deberíamos estar jugando chueca y no fútbol, así como hablando una lengua distinta y creyendo en otra religión. En segundo lugar, aquello que en las diversas versiones de identidad se califica de “propio”, es siempre resultado de un proceso de selección y exclusión de rasgos culturales, que se realiza desde la perspectiva de un grupo dominante. Por ejemplo, de los indígenas mapuches habitualmente se selecciona su valor guerrero para incorporarlo a la chilenidad, pero se excluye de ella su lengua, sus costumbres y su religión.

Además nada garantiza que aquello que consideramos “propio” sea necesariamente bueno y debemos mantenerlo a toda costa, solo por el hecho de ser “propio”. La identidad no solo mira al pasado como la reserva privilegiada donde están guardados sus elementos principales, sino que también mira hacia el futuro; y en la construcción de ese futuro no todas las tradiciones históricas valen lo mismo. No todo lo que ha constituido un rasgo de nuestra identidad nacional en el pasado es necesariamente bueno y aceptable para el futuro. Por ejemplo, uno podría preguntarse si nuestro mal disimulado sentido de superioridad frente a peruanos y bolivianos, fruto de una victoria militar en el pasado, es un rasgo que quisiéramos acentuar en el futuro o si, más bien, deberíamos bajarle el perfil en aras de construir vínculos más estrechos, comerciales y culturales con repúblicas hermanas.

Por otro lado hay que evitar también una reacción de receptividad acrítica que identifica la modernización con un modelo norteamericano o europeo que hay que alcanzar a toda costa y que supondría un cambio drástico o desmantelamiento sistemático de la identidad nacional. Es necesario partir de la base que la identidad nacional no fue constituida de una vez para siempre en un pasado remoto, sino que se va construyendo en la historia con nuevos aportes. Por eso la globalización no puede dejar de afectarla, y en la medida en que esto significa comunicarse con otras culturas para aprender de ellas, es bueno que la afecte. Pero, por otro lado, no se trata de hacer tabla rasa de los modos de vida y valores que han ido formando las prácticas cotidianas y la cultura de un pueblo. De lo que se trata es de tomar los aportes universalizables de otras culturas para transformarlos y adaptarlos desde la propia cultura, llegando así a nuevas síntesis.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Véase: Paul Hirst & Grahame Thompson. *Globalization in Question*. Cambridge. Polity Press, 1996, p. 2.
- <sup>2</sup> Anthony Giddens. *The Consequences of Modernity*. Cambridge. Polity Press, 1990, p. 63.
- <sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 64.
- <sup>4</sup> S. Hall. "The Question of Cultural Identity" en S. Hall, D. Held and T. McGrew, *Modernity and its Futures*. Cambridge. Polity Press and Open University, 1992, p. 299.
- <sup>5</sup> Anthony McGrew. *A Global Society?* en S. Hall, D. Held and T. McGrew. *Modernity and its Futures*. Cambridge. Polity Press and Open University, 1992, pp. 65-66.
- <sup>6</sup> D. Harvey. *The Condition of Postmodernity*. Oxford. Basil Blackwell, 1989, p. 240.
- <sup>7</sup> Véase sobre esto: Anthony McGrew. *A Global Society?*, p. 68.
- <sup>8</sup> *Ibíd.*, pp. 69-74. Véase también: Ulrich Beck. *¿Qué es la globalización?* Barcelona. Paidós, 1998, pp. 57-65.
- <sup>9</sup> I. Wallerstein. *The Modern World-System*. New York. The Academic Press, 1974, especialmente el capítulo 2. Véase también: *Historical Capitalism*. London. Verso, 1983, capítulo 1.
- <sup>10</sup> K. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*. Beijing. Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1965, p. 37.
- <sup>11</sup> J. Rosenau. *Turbulence in World Politics*. Brighton. Harvester Wheatsheaf, 1990, p. 17.
- <sup>12</sup> R. Gilpin. *The Political Economy of International Relations*. Princeton. Princeton University Press, 1987, pp. 85-88.
- <sup>13</sup> Véase: R. Robertson. "Mapping the Global Condition" en M. Featherstone, ed. *Global Culture*. London. Sage, 1990.
- <sup>14</sup> A. Giddens. *The Consequences of Modernity*, pp. 70-78.